

LAS MORCILLAS DE RAPHAEL, CARA AL FUTURO

Hay dos cosas en los Festivales de España que nunca pueden faltar en una ciudad que se precie y que disponga de un adecuado marco incomparable: Raphael y la Orquesta de Instrumentos Populares de la URSS. Como personalmente me carga escuchar el «Clavelitos» y el escobariano «Viva España» interpretado a todo trapo por las balalaikas compradas con el oro de Moscú, este año he optado por Raphael. Un poco de plumazo al año no hace daño.

Más que las histéricas de los clubs raphaelistas, más que esa reverencia con que Raphael agradece tan así los aplausos, más que los movimientos excesivos de muñeca, más que esa canción al indio Pluma No Sé Cuántos que el artista acaba de incorporar a su repertorio, lo que sorprende de estos recitales son más que nada las morcillas. Sí, Raphael es un morcillero fuera de época. Lo suyo hubiera sido estar haciendo por los pueblos sainetes de Arniches y comedias de los Quintero, haciéndole decir a Dolorcitas y al señor Cosme cosas que los autores nunca pensaron.

Es muy fácil el morcillerismo raphaeliano. Que la canción dice «La noche es azul», pues él canta:

—La noche, la noche, la noche, señores, hay que ver lo azul que se está poniendo de la lagarta...

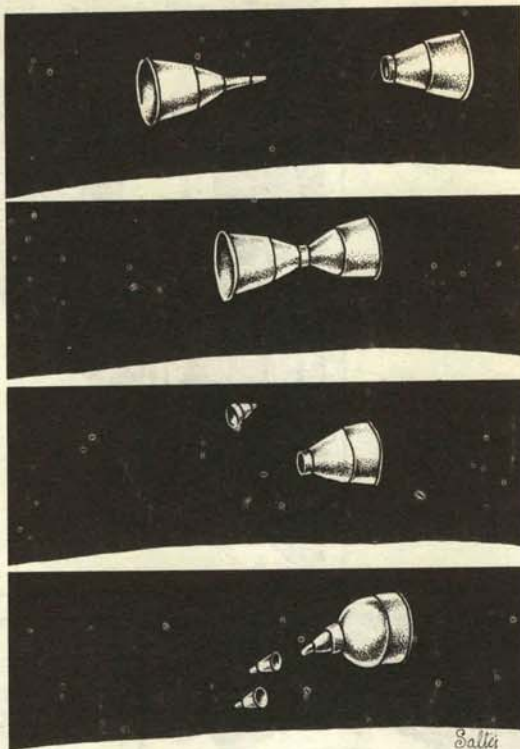
Que la canción dice «La cotilla va a misa», pues él canta:

—La cotilla, ay, la cotilla... La cotilla, miren por dónde, va a misa todos los días de guardar, señores...

Con canciones de Manuel Alejandro la cosa es fácil. Pero se está poniendo el patio poco adecuado para las canciones de Manuel Alejandro. Si Raphael quiere que Pemán le siga dedicando sonetos, tendrá que apretarse el cinturón de charol en este otoño caliente que se nos avecina. Puede que su letra venga como anillo al dedo a la música que todos nos sabemos. Yo ya me la estoy imaginando. Y miren qué bonita queda:

—La inflación, la inflación, señores, no hay quien la detenga. Los salarios no hacen más que subir y subir y subir, porrompón, porrompón... Y mientras, ay, amor, y mientras, señores, hay quienes quieren una alternativa democrática... Porrompón, porrompón... Pero el espíritu del 12 de febrero, pese a lo que digan, señores, pese a lo que digan los demás, ¡no ha muerto! ¡no ha muertooooo! Está vivo, señores, muy vivo... Sobre las colinas de Yucatapán, señores. De Yucatapán, señores...

(Tres niñas del club raphaelista salen histéricas del patio de butacas, se acercan a las candilejas y le dan una rosca a su cantante. Una rosca de las de antes del verano). ■ BURGOS.



DE LA VIDA PRIVADA DE MI MAYORDOMO (IV)

—Oliver, eres un mayordomo cínico y descarado. Que sea la última vez que osas palmear las nalgas de mi esposa.

—Con el debido respeto: Eso, quien me lo tiene que decir es ella, milord.

Mi mujer bajó la mirada y guardó silencio. El mayordomo sonrió triunfal y repitió la palmada. Las nalgas de Lady Suntory-Read sonaron a cuero bien templado. Luego, Oliver me miró con recocineo, colocó el plumero bajo la axila derecha, se estiró el chaleco, se dio media vuelta y desapareció escaleras abajo silbando la Marcha de Granaderos Británicos. Estuve a punto de lanzarme a su repugnante pescuezo y estrangularte en el primer descansillo. Pero, conociendo su carácter colérico, preferí contenerme. Además, un Suntory-Read no se podía permitir el lujo de ir por los juzgados como reo de asesinato en la persona de sus criados. Mi mujer soltó un lastimero susurro: «¿Por qué regañas tanto al pobre Oliver?». «¿Qué querías que hiciera? Te estaba dando azotes cuando llegué». «No eran azotes. Eran caricias». «¿Y te parece bonito dejarte acariciar por el mayordomo a la puerta de nuestro dormitorio conyugal?». «¿Como no nos dejás dentro!...». «¡Dentro!... ¡Ah, desvergonzada! ¿Te gustaría ser azotada por el mayordomo en mi propio lecho? ¡Da gracias a mi flema británica; si no, retorcería tu cuello de cisne ahora mismo!...». «Tú no retuerces ni las puntas del bigote, mi pobre esposo. ¡En cambio Oliver!...». «Oliver, ¿eh? Hum, hum, hum...». Estuve a punto de abofetearla. Pero se impuso mi flema británica y el honor de los Suntory-Read quedó salvado. Jamás, en los sesientos años de apellido, ningún varón de mi familia le había puesto encima la mano a su mujer, por muchos cuernos que la mujer le hubiese puesto al varón de mi familia. Pero, el asunto del mayordomo estaba pasando de castaño oscuro. No se limitaba ya a seducir a mi esposa, a mis sobrinas, a las mujeres de mis amigos y la princesa de Tatum-Tatum. Las había convencido a todas para apuntarse al partido Laborista y había organizado huelgas mineras con sus amantes afeerradas a las pancartas. A mis manos habían llegado vergonzantes fotografías de mi esposa encabezando una de aquellas horribles manifestaciones al grito de «¡Pan para el proletariado!». En fin, otro día les contaré...

SIR PETER OTOLA

FUROR DE VIVIR (BIEN)

El afán de notoriedad alcanza en algunos políticos cotas nunca soñadas en esta tierra de fervor mariano y futbolístico. Sabedores de que Raphael, Amancio y otros ilustres compatriotas acaparan la atención popular en los meses de relajo, varios presuntos ministrables han adoptado vistosas indumentarias que resaltan sus naturales encantos y confieren a su silueta la añorada agresividad. Así, un procurador en Cortes afectado por la Incompatibilidad, pasease por los bares de moda con uniforme de Capercucita Roja, alusivo —según confiesa a sus íntimos— al típico «¡que viene el lobo!», frase de presumida moda en el próximo período legislativo. Un señor maduro que iba para Director General y se quedó en Delegado Provincial de Expectativas Mil, recorre la playa continuamente disfrazado de Rearme Ideológico; son incontenibles los murmullos que despierta su brillante armadura hasta la cintura y el fino

remate de unos leotardos carmesí. «Es todo un programa», afirmaba un autócrata converso; «firmeza por arriba y elasticidad en los niveles inferiores. La política es el arte de seducir y nosotros debemos lograr que el pueblo nos siga embelesado».

Ocurre que tales vestimentas han desatado la imaginación y el afán de servicio de muchos «outsiders»; ayer tarde pudo observarse cómo unos financieros tomaban unas copas con sus cuerpos llenos de betún, tratando de imponer el color dominante en la inmediata coyuntura económica, mientras una starlette lucía sus desnudeces bajo una enorme tijera con las aspas cruzadas sobre su honra. El paisanaje, con su tradicional boina, se pregunta el significado de tal desmadre y teme que todo sea un bluff para que no se note la próxima subida del pan.

RUIBAI.